

Blande la muerte, de reliquias tristes
Sembrado en torno; la corriente fria
Mira del Ebro, y sus cruentas olas
Correr tardías, de crinados cascos
Al espantoso cúmulo impedido
Su raudo curso, y de estandartes rotos,
Mira el campo frances nadar teñido
En su caliente sangre;
Su hueste amedrentada
Mírala huir de tu animosa espada,
Buscando asilo contra tí del bosque
En el profundo horror; llamar la sombra
Que tenebrosa en torno se dilate,
Y de tu furia el último rescate
Resto de sus escuadras. Por la alfombra
Que á sus medrosos piés le tiende el prado,
El tesoro esparcir que ornato pio
Fué del altar ó de mitradas frentes;
Ansioso, apresurado,
Las altas escalar cimas umbrías
Del Pirene; y en ellas aun mal cierto
De que el opaco tenebror retarde
El triste fin que merecida llora,
Del miedo al núnmen implorar, que oculte
Noche inmortal á la futura aurora.
Y quién pudiera á su laud canoro
El ímpetu enfrenar, y en triunfo tanto,
Plácido no pulsar sus cuerdas de oro,
O enmudecer al canto
Que en torno esparce de la libre patria
El musical concen-to?
Tú por ella lidiaste; deja en ella
Que suene tu loor. Que si las aras
Donde de la piedad el sacro acento
Al comun padre en tímida querella
Su dolor ofrecia,
Cesa de mancillar con burla impía
El tirano frances; si el mármol frio
No abre su impura mano en que la muerte
Las últimas esconde
Tristes reliquias del mortal, y al aire
Las esparce sañudo;
Si el eco no responde,
Y sólo el eco al arador que mudo
Desde la alta colina
Mira y lloroso de abatidas moles
O de solada miés la amplia ruína;
Si de las rotas haces esparcidos
No mira en torno de truncados cuellos
Cúmulo horrible; si las rojas cruces
De Alfonsos y Fernandos
No arrastra ya por el cruento lodo,
Y si á Castilla, en fin, mira en Castilla,
De tí, noble adalid, es obra todo.
Obra es de tí, si al moribundo infante
Su sangre el seno maternal no ofrece
Por único alimento;
A tí es deudor, si el astro de la noche
Llorando amor en tálamo no puro
No le cuenta su oprobio, y del tormento
Que le oprime fallece;
Por tí la Erinne, que del reino oscuro
De las sombras salida, entre nosotros
Su trono puso, desde el almo Bétis
Retorna al patrio Sena.
Por tí tan sólo en su piedad el cielo
Con fraternal cadena
Nos torna á unir; por tí siente consuelo
El comun llanto, y si contenta y libre
La pastorcilla mia
Dulce su amor en la floresta umbría
Remite al canto, y con felice trueco
Plácido y libre le responde el eco.
Osa ¡caudillo ilustre! osa y confía
Del núnmen que te apresta
Muchas otras en ésta,
Que ora te ciñe militar corona
A la cándida sien. La que el tirano
A su frente rodea, el trono impio
En que se sienta, anonadar tu mano
Puede, y lo hará; que la celeste llama
Miro encender, y de Aquilon escucho

El ofendido rey que á la lid llama
Al escuadron que fiero
Al franco usurpador cercando en torno
De círculos de acero,
Muerte ó afrenta á su espantada ofrece
Vista feroz por uno y otro lado.
Sús, ¡á qué esperas? La fortuna asiste
Tus armas; ¿quién resiste,
Quién al ardor y al ímpetu iracundos
Del indomado astur; del que en Bardulia
Los llanos de Arlanzon ara fecundos;
Del que del Darro en la olorosa orilla
Respira, ó del Oróspeda en las cumbres
Mora pastor de blanca manadilla,
O con las quinas purpuradas barre
De Luso el sacro mar, si tú, caudillo
De ellos, furor á su furor añades,
¡Tú, que de pueblos tres te aclamas héroe!
No, no lo dudo. Del tirano toca
La audacia al fin, sin fruto resistillo
Quiere; que el cielo á su impiedad apoca
Los rápidos instantes.
Acaso ora es ludibrio el que fué ántes
De las ninfas del Moskua asombro y miedo
Trilistado pendon. A tí tan solo
Espera el mundo. A tí, Fernando, espera,
Desde que en su prision esparce Apolo
Sus benéficas lumbres, é ilumina
Del que le ciñe tenebroso muro
El mármol frio, y dolorido inclina
A los últimos cercos de Occidente,
Donde le llama nuestro amor, la triste
Descoronada frente,
Que fortuna siniestra
Se ocupa en oprimir, y fija el rostro
Llorando en tí y el preso pié te muestra.
Paréceme que siento,
Al decir esto, del furor celeste
La mente enardecida.
Oid, los que lidiais, héroes ilustres,
Por la patria ofendida
Y el oprimido rey; preste á mi acento
Castilla fe, y á la pelea apreste
Los acerados filos. En el cielo
Está de la alta omnipotente mano
Escrito el fallo de la causa impía
Contra quien se arma el mundo.
Acelera el paso; á la osadía
La fama es compañera.
Suene la trompa que al frances anuncie
Muerte y terror. Que en su encendida esfera,
Antes que en noche occidental espire
El sol, á París busque,
Y soledad no más y escombros mire.
Id, pues; marchad. Abierto
El camino teneis, el triunfo es cierto.
Que si el laud que en cántico sonoro
Al certámen os llama,
Puede entre el inmortal cándido coro
De cisnes alternar que el Bétis cria
O el mantüano río,
No lo dudeis, os cantaré; y que España
Le aplauda espero, y que le inspire Clío.

V.

La invasion francesa (1823).

A las armas, no hay medio; del tirano
Que á Francia oprime y que su trono afrenta,
No ois cuál ruge en la traidora mano
La bárbara cadena con que el cuello
De la indomable España atar intenta?
No ois tronar con eco repetido
El duro bronce, y la arborosa frente
Undular no mirais del Pireneo
De marcial trompa al bélico sonido?
Un estruendoso, un rápido torrente
De armas y armados desde su alta cumbre
No mirais descender hácia los llanos,
Hácia los llanos que en su ameno curso

El Ebro undoso á fecundar camina,
Amenazando á nuestra cara patria
Llanto y desolacion, muerte y ruína?
Pues ¡qué esperais, indómicos iberos?
Brille el pendon del castellano Marte
A las lumbres del sol, y los aceros
Que en San Marcial de sangre aborrecida
Bañasteis animosos.
Las sombras contemplad, que coronadas
De las palmas del triunfo en nuestros campos,
Sacan de sus sepulcros tenebrosos
La noble frente, y libertad os claman;
Y sus pechos mostrando,
Por ella rotos, pero no rendidos,
Incitándoos están á la pelea,
Y en vuestro amparo al sacrosanto llaman
Númen de Maraton y de Platea.
A su acento, miradle, corta el éter
Con alas de oro, de bronceo cerco
La sien corona, el asta luminosa
Blande terrible, y de esplendor inmenso
Llena la tenebrosa
Tierra, como brillar tras noche umbría
En el radioso Oriente
Se mira al astro creador del dia.
El os llama á la lid, él de la espada
Os arma de Milciades, y quiere
Que en torrentes de sangre desatada,
Arda fulminea en españolas manos
Cual funesto cometa,
Nacido sólo á amedrentar tiranos.
«Por esta senda, os dice, se camina
A la inmortalidad; senda es de sangre,
Pero senda es de honor, de donde el héroe
Nunca el paso declina. Y ¡cuál más fértil,
Cuál más fecundo en héroes cria el cielo
Que el hispánico suelo?
¡Patria del Cid y patria de Padilla!
¡Oh tú, inclita Castilla!
Aun en tus montes, respirando el aura
De dulce libertad, nace el soldado
Con pecho denodado
A contrastar lidiando á la fortuna;
Aun su dichosa cuna
Sombra de triunfos plácida rodea,
Aun el hórrido són de la batalla
A su oído impertérrito recrea;
Al eco de la trompa se adormece,
Y entre franceses huesos
La libre madre sin temor le mece.
Ea, pues, al combate; siempre al lado
Me tendréis, confiad, de acero y saña
Y de furor armado.
El estandarte de la libre España
Sea terror al mundo; el sacro nombre
De libertad con sonoro estruendo
Del pérfido Luis en la áurea estancia
Haced que suene horrendo,
Oigalo y tiemble en sus orillas Francia,
Oigalo y tiemble, que del núnmen mio
Los animosos pechos inflamados,
A vuestras armas de mi culto fio
Que la gloria extendais. Apresurados
Corred, héroes de Hesperia;
Corred, y el eco horrisono retumbe
De patria y libertad la ártica Tétis,
Del alto Calpe al áspero Rifeo,
Del mar de Trixco al turdetano Bétis.
Que en vano contra España tiende al aire
Las abatidas lises
El tirano frances; en vano llama
Huestes de mercenarios asesinos,
Que en nuestra ofensa con su acento inflama.
Lleguen, que los caminos
Abiertos les están por donde entraron
Sus padres, y las tumbas que ocuparon.
Lleguen, que armado de inclita osadía,
Del Ter ocupa la undulante arena,
Blandiendo en alto el triunfador acero,
Mina, terror del Sena,
Y Abisbal y Morillo y Ballestero,
Que aun no marchito á la sublime frente

Ciñen el patrio lauro
De las francesas lides, y su fuerte
Brazo es aún ministro de la muerte.
Sús, españoles, al combate; el canto
De la lid entonad; canto que infunde
De los tiranos al oído espanto,
Cuando rápido al aura se difunde.
Por mí lidiais, en pos de mí y á sombra
Del estandarte de la patria. Sangre
Cubra los campos de purpúrea alfombra,
Sangre francesa; y de uno y otro rio
Corran triunfantes las cruentas olas
De la hispana Anfítrite al seno frio.
Las cimas escalad, las altas cimas
Del helado Pirene,
Y el bisoño soldado en nombre mio
Su ánimo en ellas y su acero estrene.
¡A qué esperais? Mirad cómo en tumulto
Pisa vuestro confin el bando impio.
No es español quien el traidor insulto
No sale á resistir. Héroe, seguidme;
Encuentre á nuestras manos su ruína
Esa vil muchedumbre.
La patria os llama, el cielo os patrocina;
No receleis, abier-to
El camino teneis, el triunfo es cierto.»

COMPOSICIONES VÁRIAS.

I.

Diálogo.

JUAN.—REBECA.—ADONÍAS.

JUAN.

Noche serena, en verdad.

REBECA.

La luna, que blanca brilla
En esta arenosa orilla,
Destierra su oscuridad;
Que como en la sombra fria
Tiene el mando y presidencia,
Suple con su luz la ausencia
Del astro padre del dia.

JUAN.

Dices bien, que en los amenos
Prados del fértil Jordan
Sus claras luces están,
Sin echar al sol de ménos,
Las cimas iluminando
De este bosque deleitoso,
Que el rio en su curso undoso
Pasa alegre retratando.
¡Cómo refleja el lucero
En sus ondas! Las estrellas
Resplandecientes y bellas,
¡Cómo brillan! Que si infiero
Del no comun esplendor
Que en el puro cielo ostentan,
Su fin, á su modo intentan
Celebrar á su Señor.

REBECA.

Es cierto, que como dijo
Nuestro pastor Adonías,
Ya están cumplidos los dias
En que el Dios Jesus, el Hijo
Del Créador soberano
Venga, resuelto á morir,
Con su sangre á redimir
Al triste género humano;
Y á su dulcísimo nombre
Tiemble Lucifer y mate
La muerte, y así rescate
De su esclavitud al hombre;

Que en señas y profecías
Ofrecido nos lo tiene.

JUAN.

¡Bendito sea el que viene
De las altas jerarquías
A este suelo pecador
A sufrir muerte crüel,
Y á buscar con gusto en él
Trabajo, oprobio y dolor!
Que como si en él cupiera
Ni aun la sombra del delito,
O que su sér infinito
Capaz de mancilla fuera,
¡Viene, al mandato rendido
De su Padre y su Señor,
A morir cual pecador
Y por pecador tenido!

REBECA.

¿Cómo, la noche faltaste
Que nació el niño en Belen?

JUAN.

No quiso tan alto bien
Darme el cielo,

REBECA.

¡Pues cuidaste
Que era mentira el anuncio
Que nos dió del nacimiento
De Jesus, llenando el viento
De luz el celeste nuncio,
La noche que en la cabaña
Descansábais descuidados
Pastorcillos y ganados?

JUAN.

No; mas mi desdicha extraña
Quiso que echáramos suertes
Sobre cuál se quedaria,
Y salió la triste mia.

REBECA.

Mal juzgas que así diviertes
Mi curiosidad; pues sé
Que de Adonías lo sabes,
Que con palabras suaves,
Llenas de ciencia y de fe,
Te lo dijo; y que lo cuentos
Te suplico, amado Juan,

JUAN.

Mientras las cabras están
Durmiendo, y los diligentes
Perros con atento oído
Rondan el redil, te sienta
Y escucha, daréte cuenta
De lo que me han referido,
Mas espera, que Adonías,
Si no miente la blancura
De su pellico, apresura
El paso á sus alquerías.
El podrá con más acierto
Dar cuenta de lo que vió
Aquel noche, que yo,
Mejor es llamarle.

REBECA.

Es cierto,
¿Adonías?... Distruido
Sin duda en sus pensamientos,
No escucha nuestros acentos,
¿Adonías?

JUAN.

Aun no ha oído.

ADONÍAS.

¿Quién llama?

REBECA.

Rebeca y Juan.

ADONÍAS.

Rebeca y Juan, ¿qué queréis?

JUAN.
Venid acá y lo sabréis.

ADONÍAS.

Pues aquí estoy.

REBECA.

Que mi afán
Satisfagais es mi intento.

ADONÍAS.

¿Qué afán?

REBECA.

Primero que diga
Cosa alguna, si os obliga
Mi ruego, tomad asiento.

ADONÍAS.

Está bien; mas ¿qué queréis?
Que pronto estoy á serviros.

REBECA.

Pues mi deseo es oiros
Referir lo que sabeis
Del niño Jesus hermoso
Y de su madre María,
Blanca como el blanco día.

ADONÍAS.

Rebeca, dificultoso
Es sin duda lo que pides;
Porque ¿qué fecunda boca
No será en su elogio poca
Si á sus méritos la mides?
Ménos difícil sería
Los astros enumerar,
Y las arenas contar
Que el mar en su seno cria.

REBECA.

No os resistais, si mi amor
Estimais en algo.

JUAN.

Amigo,
Si mis ruegos son contigo,
Por fortuna, de valor,
Dale á su curiosidad
Este gusto.

ADONÍAS.

Pero....

REBECA.

Vamos,
Que atentos los dos estamos.

ADONÍAS.

Pues lo queréis, escuchad:
Era la noche, y entre red nudosa,
Mientras tornando el sol, de aquesta orilla
Las flores tiñe de carmin y rosa,
En sueño está la blanca manadilla;
Nocturna escarcha cándida y lustrosa
A los reflejos de la luna brilla,
Y al derredor de la encendida llama,
Busca el pastor á su cansancio cama.
Mudo silencio, soledad profunda
En torno reina del tendido prado;
Duerme la vaca allí de ubre fecunda,
Del becerrillo mamanton al lado;
Duerme el vaquero, á quien el sueño inunda
Con su licor, y exento del cuidado
De su rebaño, á la quietud presente
El ánimo abandona y nada siente.
Cuando en el medio de la noche oímos
Que con celeste són cándido coro
Rompe los vientos, y en sus manos vimos
Las arpas resonar con cuerdas de oro;
Músico plectro y címbalo sonoro
En acuerdos armónicos sentimientos,
Y el cántico decir: *Cese la guerra,
Gloria en el cielo á Dios, paz en la tierra.*
La admiracion, el sobresalto, el susto,
Confundidos allí con la alegría,
Y con el miedo batallando el gusto,

Suerte no temo, ni á la saña impía
Del tirano infernal; que miéntras vela
Dios en mi ayuda, en vano es su cautela.
Que en tanto que la Madre del Eterno
Á su inmensa piedad por mí interceda,
Ni me da susto el tenebroso infierno,
Ni la fortuna con su inestable rueda;
Á ella dedico con afecto tierno
Mi corazón, en quien grabada queda,
Que en este de dolor destierro mio,
En ella sólo y su piedad confío.

REBECA.

Afortunado pastor,
¡Oh quién como tú la viera,
Y echada á sus piés la diera
Testimonio de su amor
Con el llanto de mis ojos!

JUAN.

¡Quién á la hermosa María
Rendido no ofreciera
El alma toda en despojos!
Pero pues no es fácil esto,
Cantemos en su alabanza.

REBECA.

Dices bien, y ande la danza.

ADONÍAS.

Pues si ha de ser, sea presto,
Que aunque mi ciencia es tan poca,
Estas humildes canciones
Las dictan los corazones
Y las pronuncia la boca.

II.

EL PASTOR Y LA MAR.

Con recuerdos de dolor,
Del mar en la orilla fria,
Lamentándose decia
Un entendido pastor:
«Maldito sea el primero
Que quiso necio trocar
La verde pradera al mar
Y la quietud al dinero;
»Y sediento de tesoros
Á una tabla se confía,
Y allá donde abrasa el día
En los arenales moros,
»O donde de oscuridad
Se cubre y tiniebla el cielo,
Con incansable desvelo
Busca su felicidad;
»Como si en climas lejanos
Dios acaso la escondiera,
O benigno no les diera
Parte de ella á los humanos.
»O que para merecer
El nombre de afortunado,
Ni honores ni rico estado
Fuera acaso menester.
»Como si el estar contento
Consistiera en la opulencia,
Y no en la pura conciencia,
Libre de remordimiento.
»¡Miser del que ambicioso
Su muerte en el mar procura,
Y en su líquida llanura
Siente el austro borrascoso,
»Que soplando con furor,
Las ondas al cielo empina,
Y su esfera cristalina
Cubre de sombra y terror!
»Y con embates impíos
Y con impetu crüel
Quebranta al triste bajel
Entre escollos y bajios!
»Entónces haciendo alarde
De arrepentimiento el triste,

A la muerte se resiste,
Clama al cielo, pero tarde;
»Tarde, que para escarmiento
De otras almas codiciosas,
En las aguas procelosas
Tiene fin su loco intento.

» ¡Oh cuánto la quietud mia
Es al oro preferible!
Y ¡cuánto más apacible
Esta floresta sombría,
» Mi pacífica cabaña
Y mi pobre manadilla
Que el palacio en que su silla
Tienen los reyes de España!
» Que no trocará este paño
Rústico por su brocado,
Ni por su cetro el cayado
Con que guio mi rebaño.»

El pastor esto decía,
El rostro en el mar fijando,
Que con un susurro blando
Y en dulce calma dormía.
«En vano tranquilo veo
Tus ondas, oh mar, le dice;
En la tierra soy felice;
Te conozco y no te creo.»

III.

LA PREGUNTA DE LA NIÑA.

Madre mia, yo soy niña;
No se enfade, no me riña,
Si fiada en su prudencia
Desahogo mi conciencia,
Y contarle solícito
Mi desdicha ó mi delito,
Aunque muerta de rubor.

Pues Blasillo el otro día,
Cuando mismo anochea,
Y cantando descuidada
Conducía mi manada,
En el bosque, por acaso,
Me salió solito al paso,
Más hermoso que el amor.

Se me acerca temeroso,
Me saluda cariñoso,
Me repite que soy linda,
Que no hay pecho que no rinda,
Que si río, que si lloro,
A los hombres enamoro,
Y que mato con mirar.

Con estilo cortesano
Se apodera de mi mano,
Y entre dientes, madre mia,
No sé bien qué me pedía;
Yo entendí que era una rosa,
Pero él dijo que otra cosa,
Que yo no le quise dar.

¿Sabe usted lo que decía
El taimado que quería?
Con vergüenza lo confieso,
Mas no hay duda, que era un beso,
Y fué tanto mi sonrojo,
Que irritada de su arrojo,
No sé cómo no morí.

Mas mi pecho enternecido
De mirarle tan rendido,
Al principio resistiendo,
El instando, yo cediendo,
Fué por fin tan importuno,
Que en la boca, y sólo uno,
Que me diera permití.

Desde entónces, si le miro,
Yo no sé por qué suspiro,
Ni por qué si á Clori mira
Se me abrasa el rostro en ira;
Ni por qué, si con cuidado
Se me pone junto al lado,
Me estremezco de placer.

Siempre orillas de la fuente

Busco rosas á mi frente,
Pienso en él y me sonrío,
Y entre mi le llamo mio,
Me entristezco de su ausencia,
Y deseo en su presencia
La más bella parecer.

Confundida, peno y dudo,
Y por eso á usted acudo;
Dígame, querida madre,
Si sentía por mi padre
Este plácido tormento,
Esta dulce que yo siento
Deliciosa enfermedad.

Diga usted con qué se cura
O mi amor, ó mi locura,
Y si puede por un beso,
Sin que pase á más exceso,
Una niña enamorarse,
Y que trate de casarse
A los quince de su edad.

IV.

FÍLIS LLOROSA.

A las orillas de este río
Quiero sentarme á suspirar,
Para que corra el llanto mio
Entre sus ondas hácia el mar.
Bajo tus ramas, sauce umbrío,
Busco descanso á mi pesar,
Si le concede el hado impío
Tiempo á mis ojos de llorar.

En fin, Elicio, tú me dejas
Sin duda en busca de otro amor,
Y ni te apiadas de mis quejas,
Ni te lastima mi dolor.

¿Por qué, tirano, te me alejas?
¿Por qué tu pecho me es traidor?
¿Por qué el pesar con que me aquejas
No cambia en muerte tu rigor?

¿En dónde buscas, fementido,
Dónde otra Filis tierna y fiel,
Que, de otro afecto poseído,
Tu error perdona y te ame infiel?
A mis lamentos presta oído,
Mira mis lágrimas, crüel;
Tu amor Elicio sólo pido,
Mueca en tus brazos y con él.

¿Quién ¡desdichada! me dijera,
Cuando á tu llanto me rendí,
Que mentiroso y falso era!
¿Por qué tan presto te creí?
¡Ay! ¡quién entónces, quién supiera
Lo que ahora el cielo muestra en mí!
Que la que amor en hombre espera,
Hallará el pago que yo en tí.

Cuánto me acuerdo de aquel día
En que tus labios escuché:
«Tu mano, Filis, sólo es mia,
Démela el cielo, ó moriré.»
Yo, enamorada, te creía,
Y en tus promesas me fie;
Siempre quererte prometía,
Y tú burlaste de mi fe.

Torna, bien mio, á la cadena
Con que el amor nos quiso unir,
Deten el curso, el paso enfrena,
Que apresurado intenta huir.
Pero ¡á quién digo, á quién, mi pena,
Si no la quiere Elicio oír?
¿Si airado el cielo me condena
A padecerla y á morir?

V.

LA CONSTANCIA EN AMOR.

No imagines que el rigor
Mi constancia, Fili, altere;

A tí sola Elicio quiere,
Por tí sola sierte amor.
Tus desdenes
Me son bienes,
El tormento
Me es contento,
Y delicia mi dolor.

Con su loco frenesí
Otros siguen anhelantes
Por las cndas espumantes
Del lejano Potosí,
Ni poseo
Ni deseo
Plata y oro,
Mi tesoro
Está sólo, sólo en tí.

De tu rostro la beldad,
Que en mi pecho señorea,
Hace, Fili, que me sea
Apacible tu crueldad.
Si me miras
Y te airas,
Los enojos
De tus ojos
A los míos son piedad.

Si colérica y crüel
Me amedrentas con tu ceño,
No por eso, dulce dueño,
Te es mi pecho menos fiel.
Que te miro,
Y suspiro,
Y en secreto
Te prometo
Nunca, Fili, serte infiel.

VI.

Bellos ojos, más brillantes
Que los rayos del lucero,
Por quien ardo, por quien muero,
Bellos ojos, despertad.
No cerrados y dormidos
Os encuentre mi quebranto;
A los ecos de mi llanto
Os abrid y me mirad.

Es la noche, fiera Clori,
Y á tu umbral el ansia mia
A la cítara confía
Tu impiedad y mi dolor.
Por clemencia, no les cierras
A mis cantos el oído;
Solamente que oigas pido
Los acentos de mi amor.

Aura fria que repites
Lastimada mi querella,
Tú la di que no por bella
Se acredite de crüel.
Tú mi llanto, tú mis quejas
A la impía le refiere;
Dile tú que Elicio muere,
Y que muere siempre fiel.

VII.

Debajo de estos plácidos ramos,
Que dan de día sombra y frescor,
Ora que es noche, juntos bebamos
Este de Baco dulce licor.
Este que al lado límpido pasa
Cristal cansado de murmurar,
No, compañeros, la sed que abrasa
A nuestros labios ose aplacar.
Sólo merece el dios de Nisa
El númen nuestro de noche ser,

Númen que al rostro saca la risa
Y que en las almas cria placer.

VIII.

¿Adónde, clara noche,
Está el horror profundo
Con que amedrenta el mundo
Tu oscuro tenebror?
¿Por qué maldice el hombre
Tu sombra temeroso,
Si encuentra en tí reposo
Su afan y su dolor?

¿Qué cándida ilumina
La luna el bosque umbrío!
¿Qué lento pasa el río
Que se encamina al mar!
¿Qué cerco numeroso
Le forman las estrellas,
Queriendo todas ellas
Su frente coronar!

¿Qué universal silencio!
¿Qué soledad amena!
¿Y cómo el aura suena
Con plácido bullir!
Tan sólo algún suspiro
Se escucha enamorado,
Que el eco lastimado
Procura repetir.

¡Oh noche! tú á mis ojos
Pareces siempre hermosa,
Ni opaca ni medrosa
Alteras mi placer.
Igual á tí quisiera,
Cuando lloroso peno,
Pacífico y sereno
Mi corazón tener.

IX.

LA INGRATITUD.

No me reprenda,
Madre, mi llanto,
Ni que la rienda
Sueite al quebranto,
Porque estas lágrimas
Nacen de amor.
Por mi consuelo
Deje que lllore,
Pues quiso el cielo
Que me enamore
De un hombre pérfido
Y engañador.

Mire al impío
Con qué insolencia,
Del candor mio,
De mi inocencia,
Porque fui crédula,
Quiso burlar.
Cuando constante
Juzgué su pecho,
Del mio amante
No satisfecho,
Con falso término
Me fué á dejar.

¿Quién me diría
Que el fementido
Me pagaría
Con duro olvido,
Cuando firmísimo
Su amor creí?
¿Por qué le irrita
Mi fe amorosa?
Si solícita
De mí otra cosa,

Que llegue y pídale;
Diré que sí.

Mas ¡ay! que ausente
No oye mi queja;
El impaciente
De mí se aleja,
Quizá solícito
De otra beldad.
Amor, ostenta
Tu poderío;
Pague mi afrenta
Aquel impío,
Sienta tu cólera
Su iniquidad.

X.

LA ANARQUÍA.

Monstruo que en su nacer mata al Estado,
Y le mata al morir, abriendo el trono
A la feroz espada de un soldado.

XI.

EL HOMBRE.

¿Qué es esta nada á que llamamos hombre?
El sueño de una sombra.

XII.

Oh vos, que con pié cándido,
Ninfas del bosque umbrío,
Pisais la márgen flórida
Del edetano río,
Si en el placer de un mísero
Os complacéis piadosas,
Ceñid de oliente amáraco,
Ceñid mi sien de rosas.
Y ora que el astro délfico
Fallece en Occidente,
Y que en su ausencia el Héspero
Muestra la blanca frente,
Al eco siempre armónico
De esta mi ebúrnea lira,
De quien amante el céfiro
Los cánticos suspira,
Alumnas de Tersicóore,
Soltad las crenchas de oro,
Mientras con planta métrica
Formais alegre coro.
Nice, Nice, la indómita
Al cetro de Cupido,
Abrió á mi amor con lástima
Y á mi dolor su oído.
No ya teñido en cólera,
Como lo fué primero,
Tuerce á mi triste súplica
El rostro hermoso y fiero.
Ni mi importuna cítara
A enmudecer condena;
Mi cítara, que intérprete
Fué siempre de mi pena.
Mas en su boca plácido
Amor abre á la risa,
La que colera el múrice
Purpúrea manutisa;
Cuando en tono dulcísimo
Le canto mi tormento,
Y esta en que arder frenética
Llama de amor me siento.

EPIGRAMAS.

I.

Á un viajero presumido.

Desde el Rubricato al Bétis,
Desde Calpe al Pirineo,
Has recorrido buscando
Plumas, presuncion y flecos.
De cada pueblo has traído
Lo peor que encuentras, Celio;
Que ésta es la suerte del que
Sale de su patria necio;
Pero di, ya que transitas
Cada un año por cien de ellos,
¿No habria un país de donde
Trajeras entendimiento?

II.

Refundidor baladí,
Bárbaro de buena fe,
Ya que refundes, ¿por qué
No te refundes á tí?

III.

¡Drama horrible! De trece personas
Mueren siete al puñal de un traidor;
Y entre tanto inocente, perdonas,
Cielo injusto, á su bárbaro autor.

LETRILLA.

AMOR MENDIGO.

*Una limosna te dad
Al amor en caridad.*
Niño y solo, triste y pobre,
Ando errante en bosque umbroso
Sin el arco poderoso
De que se arma mi deidad.
Caminantes, si os asiste
Compasion de mi quebranto,
Lastimaos de mi llanto,
Socorredme por piedad.
Una limosna, etc.
Mis adornos y mis armas
Es Anarda quien me quita,
Que usurparme solicita
Mi celeste potestad.
De rodillas y llorando
A sus piés pedí clemencia;
Mas ni pudo mi inocencia
Ablandarla, ni mi edad.
Una limosna, etc.
Los que fuéreis sus amantes,
Si pudiéreis encontrarla,
Sin oír la ni mirarla,
Arco y flechas le quitad.
Teman todos el estrago
Que en las almas cause horrible,
Si á mi dardo irresistible
Acompaña su beldad.
Una limosna, etc.

DON ALBERTO LISTA.

NOTICIA BIOGRÁFICA.

El día 5 de Octubre de 1848, á las nueve de su mañana, falleció en Sevilla el sabio humanista, profundo matemático y gran poeta DON ALBERTO LISTA, una de las más puras y brillantes glorias de la España moderna.

Esta pérdida llenó de luto el corazón de los hombres ilustrados de todos los partidos, y muy señaladamente el de los muchos que en él veían, no sólo una inteligencia de primer orden, mas también un maestro querido, un amigo á toda prueba y casi un segundo padre. Éralo, en efecto, para sus numerosos discípulos el señor LISTA; y es seguro que no hubo uno solo entre los muchos á quienes cupo la suerte de recibir sus lecciones, que no conservara en el fondo de su alma un sentimiento dulcísimo de veneracion y de cariño filial á la memoria de aquel sabio tan indulgente; de aquel hombre superior, tan sencillo y tan bondadoso, que no sabemos si debía más aún al tierno afecto que inspiraba á sus alumnos, que á la luminosa claridad de sus explicaciones, los sorprendentes resultados que constantemente obtuvo en el ejercicio de la enseñanza.

Trece años de edad contaba DON ALBERTO LISTA cuando abrazó públicamente la honrosa carrera del magisterio, fenómeno de aplicacion y precocidad, único en los anales del entendimiento humano. El dón de la enseñanza era, puede decirse, ingénito en LISTA: como habia nacido poeta, habia nacido maestro; naturaleza eminentemente expansiva y amorosa, nunca era más feliz que cuando, en medio de su cátedra, veía en torno suyo un numeroso auditorio de muchachos pendientes de sus palabras. Cátedras eran para él cualesquiera sitios en que tuviese oyentes, pues su conversacion, siempre instructiva y amena, florida y sustanciosa al mismo tiempo, rica de recuerdos clásicos y de sólida doctrina, era como un curso continuado, ya de alta moral, ya de filosofía, ó de historia, ó de literatura. Era en verdad una escena hermosa, y en la que habia algo de la sencillez patriarcal de otros tiempos, la que presentaba el sabio anciano, seguido en sus largas excursiones campestres de la inteligente y fiel falange de sus discípulos más queridos. Nuevo Sócrates (con cuyo perfil tradicional presentaba por cierto el suyo una viva semejanza), reproducia entre nosotros el majestuoso espectáculo de los pórticos de Atenas. Unas veces, en las claras noches de verano, nos llevaba á las alturas que rodean á Madrid, y nos iba explicando, sorprendiéndonos, por decirlo así, en la bóveda estrellada, las leyes del mecanismo celeste y las maravillas de la creacion; otras veces, engolfándose en las cuestiones literarias, su tema favorito, desplegaba en ellas toda la frescura de una imaginacion de veinte años, y á la par que nos instruía en los preceptos del arte, nos embelesaba con su elocuencia de oro. Frecuentemente, con el candor de la verdadera superioridad, citaba como ejemplo y autoridad sus propios versos. Como un rasgo característico de aquellas doctas conferencias, añadiremos que le gustaba alternarlas con festivos episodios. En tales ocasiones desaparecia el maestro y quedaba solo el compañero, el hermano; pero revestido siempre de la autoridad de un padre. Desde las primeras lecciones nos tuteaba á todos: no parecia sino que, en su mente, el ejercicio de la enseñanza debia establecer por necesidad entre el maestro y sus alumnos una especie de parentesco intelectual, al que él, por su parte, nunca fué infiel; y en este sentido solia decir donosamente á uno de sus mejores discípulos de matemáticas, don Alejandro Bengoechea, después catedrático de esta asignatura en la universidad de Madrid: «Tus discípulos son mis nietos.» Su memoria era prodigiosa; muy rara vez, al analizar en sus lecciones los clásicos antiguos ó los poetas modernos, ó al recordar en la conversacion algun pasaje de cualquiera de ellos, en especial de los dramáticos, necesitaba consultar el texto. Era particularmente apasionado de Virgilio entre los latinos, de Rio-